



Diego Martínez Torrón (2024). *Inés y los duendes*. Córdoba: Almuzara, 253 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24179/cel.16.2025.667-669>.

La trayectoria literaria de Diego Martínez Torrón (Córdoba, 1950) es tan intensa como variada. Investigador incansable de la historia de nuestras letras, poeta, novelista y ensayista profundo y variado, su producción bibliográfica es inmensa y el resultado de su obra en conjunto representa un verdadero hito en la historia de las letras contemporáneas. En realidad, su obra escrita parte justamente de sus indagaciones sobre la creación literaria de muchos escritores que han tenido la fortuna de ser analizados, editados y estudiados por él. Interesa reflexionar sobre las consideraciones precedentes para entender el significado del último libro de Martínez Torrón, el relato *Inés y los duendes*, en realidad una novela singular y muy especial como género narrativo y con escasos precedentes en la historia literaria, sobre todo en la historia literaria hispánica. Porque la incursión de Martínez Torrón en el género narrativo fantástico y fabuloso, infantil o juvenil, supera en su obra otros límites antes traspasados por su pluma. Aunque asegura el autor que este libro no es para niños ni para mayores, más bien acaso para mayores que son niños y para niños que son mayores. En realidad es una colección e historias, que padres o madres podrían contar a sus hijos, y como sugiere el autor un cubo de Rubik que juega con espacios, personajes y tiempos una especie de delirio onírico que ofrecerá al lector la fuerza de la fantasía.

Porque *Inés y los duendes*, en realidad, es una novela, pero una novela que traspasa impecablemente las fronteras de lo narrativo y de lo lírico para integrarse en los espacios de lo fantástico, de lo fabuloso. Imaginaria y poblada de personajes peregrinos, está protagonizada por una serie de criaturas literarias que van a revelar su experiencia ante el lector absorto, en tiempos recios, que diría nuestro premio Nobel Mario Vargas Llosa, tiempos de sufrimiento y de pandemia, tiempos de angustia y de terror. Porque lo que consigue Martínez Torrón con su mundo imaginario es descubrir una realidad palpitante que subyace a lo largo de todo el relato. De lo fantástico y lo fabuloso a lo realista descarnado y desnudo hay solo un paso, y la gran imaginación de nuestro narrador lo traspasa de un lugar a otro sin apenas dificultades.

Martínez Torrón es un avezado crítico literario y un historiador e investigador de nuestras letras de venturosa y dilatada experiencia. Y sabe muy bien lo que es, en una narración, un personaje, en realidad una criatura literaria creada que cobra su propia vida, vive su existencia y atraviesa todo tipo de experiencias: un ser de ficción que nace de la imaginación, crece y vive su particular aventura, independientemente ya de su autor. Y si así lo dispone el autor, el personaje creado puede llegar a alcanzar la condición tan compleja de símbolo, y en la literatura fantástica y fabulosa los símbolos son básicos y fundamentales. Surgen con estos símbolos las ansiedades, y las dificultades hay que superarlas, y los personajes que van apareciendo en la novela, cada uno con sus propias características, van aportando intensidades al relato y enriqueciendo la trama con aventuras sin fin y con acontecimientos sorprendentes.

Se enfrentan así, en esta singular novela, dos mundos de una forma nítida: el mundo de lo fantástico y la realidad circundante que es la que trae consigo la inmensa tragedia que se va presintiendo a lo largo del relato. Porque las dimensiones de los conflictos alcanzan la magnitud de lo trágico, en el sentido más clásico del término, como lucha permanente y como finalmente victoria indiscutible del sentido común y de la razón.

Pero no hay que olvidar que estamos ante un relato imaginario, lleno de fantasía, aunque se vaya intuyendo a lo largo de sus páginas una clara censura de la sociedad contemporánea, de nuestro mundo diario avistado desde la atalaya de la fértil y activa senectud. El mundo analizado con sinceridad y con perspicacia, fundamentada esta discordia en la sana experiencia de una vida dilatada y plena de vivencias enriquecedoras. Nos hallamos en el mundo de los duendes, partiendo de la inocencia infantil y la pureza de pensamiento y actitud de los primeros años de la vida. El lector penetrará en este mundo fantástico, en el que también los sueños comparecerán para combatir la enfermedad del miedo. Duendes, hadas, brujas infantiles, sombras, voces y la noche con sus presagios y con sus siempre amenazadoras sombras.

El crítico y estudioso de la literatura que es Martínez Torrón sabe muy bien, por experiencia, que los personajes simbólicos alimentaron fábulas y relatos legendarios. Y entre ellos, los animales protagonizaron historias de encuentros y desencuentros que persiguieron siempre una consecuencia pedagógica final, una moraleja. Por eso, en este relato hay un lobo y una golondrina y hay un abuelo simbólico total que se enreda en un mundo imaginativo y mágico en el que aparece un tren sin destino y un laberinto en el bosque. Son muchos los elementos transitados hacia esta intensa novela procedentes de la tradición literaria de la ficción fantástica y fabulosa.

Sin duda uno de los aspectos más atractivos de este intenso relato es desde luego la variedad y multiplicidad episódica. No procede resumir que está ocurriendo en cada una de las nueve partes en que la novela se organiza, ni tampoco procede reseñar qué sucede en cada una de esas partes que se organizan en capítulos sucesivos. Veintiséis en total serán las historias relatadas en esos sucesivos y agavillados segmentos contruidos sólidamente y forjados en un conjunto indestructible presidido por la coherencia general y por la cohesión argumental. Historias, sendas perdidas, la música, la gran música de la vida, los libros, la pintura y los pintores, encuentros que enriquecen el complejo mundo novelesco de este universo tan personal de Martínez Torrón.

Y así hasta el final. Todo ha sido el Viaje a Ninguna Parte, avisa el narrador para mostrar que la Historia ha estado condicionada por el Tiempo, por el vértigo del Tiempo, y, a través de ese trascurso, se ha ido trascendiendo de un capítulo a otro. Dice el autor, para concluir su relato, que el vértigo del tiempo es la pérdida de la noción del Tiempo y de la propia Vida. Y son pocas o ninguna las soluciones posibles. Aunque se aluda a la Armónica Conformidad. Porque la novela concluirá, como no podía ser de otro modo, con el presentimiento de la Muerte.

Para confirmar lo que se ha venido afirmando: que en el mundo de lo fantástico está muy presente la realidad. Y presente siempre hasta el final el gran temor: descubrir que esta sociedad contemporánea camina hacia el colapso y la destrucción. Definitivamente, ha que concluir que esta novela fantástica y de ficción de Martínez Torrón es en realidad un ensayo profundo sobre la vida y su sentido, sobre el destino y sobre el futuro, por incierto que este se muestre, destino que se alcanza tras haber superado la multitud de adversidades y aventuras en esta novela relatadas, de principio a fin, impulsivamente y sin respiro.

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

<https://orcid.org/0000-0001-9456-4154>

Universidad de Murcia (España)

revenga@um.es